

brada en pecado mortal» (*De sacram. alt.*, conc. 3). El Señor dijo a Santa Brígida que tales sacerdotes son maldecidos por todas las criaturas del cielo y de la tierra (*Revel.*, l. 1, c. 47).

El sacerdote, como ya dijimos, es vaso consagrado a Dios, y así como Baltasar fué castigado por profanar los vasos del templo, así, dice San Pedro Damiano, lo será el sacerdote que celebra indignamente (*Serm. de cael. sacr.*, c. 3). Ya una mano se apresta a trazar estas terribles palabras: *Mane, tecel, fares*: contado, pesado, desgarrado. Dice *contado*, porque un solo sacrilegio basta para terminar con el número de las divinas gracias; *pesado*, porque tal exceso basta para inclinar la balanza de la divina justicia y decidir la ruina eterna del sacerdote sacrílego; *desgarrado*, porque Dios, irritado por tan atroz delito, lo rechazará de sí y apartará por toda la eternidad. A la sazón se cumplirán las palabras de David: *Delante de ellos sea su mesa un lazo* (Ps. 68, 23). El altar se convertirá para el infeliz en el lugar de su suplicio y en cadena con qué será hecho perpetuo esclavo del demonio, haciéndole perseverar obstinado en el mal, porque, al decir de San Lorenzo Justiniano, cuantos comulgan en pecado mortal permanecen más obstinados en su malicia (*S. de Euchar.*, n, 9). Ya el Apóstol había dicho: *Quien come y bebe indignamente, su propia condenación come y bebe si no discierne el cuerpo del Señor* (1 Cor, 11, 29). «¡Oh sacerdote!, exclamaba a este respecto San Pedro Damiano, que vas a sacrificar al Eterno Padre a su mismo Hijo, no quieras sacrificarte a ti mismo antes como víctima al demonio» (*Opus.*, 17, c. 3, de cael, sac.).

CAPITULO VIII

DEL PECADO DE ESCANDALO

El demonio empezó por inventar dioses viciosos; luego se las arregló para hacerlos adorar entre los gentiles, con el fin de que éstos creyeran era lícito pecar cuanto quisieran, perdiendo así el horror a los vicios de que les daban ejemplo sus dioses. Precisamente un gentil, Séneca, confesaba esto, diciendo: «Con estas invenciones se ha llegado a destruir en los hombres la vergüenza del pecado. ¿No será, pues, fomentar los vicios atribuirlos a los dioses y excusar el mal, con el ejemplo de la divinidad?» (*De vita beata*, c. 26, y *De brevitae vitae*, c. 16). De ahí que los desgraciados paganos, cegados de este modo, se dijera como se lee en el mismo filósofo: «Si los dioses no se avergonzaron, ¿por qué me voy a avergonzar yo?»

Pues bien, lo que el demonio alcanzó de los gentiles mediante las deidades que propuso como imitación, lo alcanza hoy día de los cristianos mediante los malos sacerdotes, quienes con sus escándalos contribuyen a que los pobres seglares se persuadan de que les es lícito, o al menos no es tan gran mal, lo que ven hacer a sus pastores (*Pastor.*, p. 1.^a, c. 2), como señala San Gregorio. Dios puso en el mundo a los sacerdotes para que fueran ejemplo a los demás, como el Salvador fué enviado por el Padre para ser

ejemplo de todos: *Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros* (Io. 20, 21). Por esto «San Jerónimo escribió a un obispo que procurase evitar toda acción que pudiera arrastrar al pecado a quienes quisieran imitarlo» (*Ep. ad Heliod.*).

El pecado de escándalo no consiste tan sólo en aconsejar a otros directamente obrar el mal, sino también en inducir indirectamente con la obra a que peque nuestro prójimo, como Santo Tomás y otros definen el escándalo. Para conocer cuán grande malicia sea el escándalo, basta saber lo que escribió San Pablo: que quien ofende a su hermano, haciéndolo caer en pecado, ofende propiamente a Jesucristo (1 Cor. 8, 12). Y San Bernardo da la razón diciendo que el escandaloso hace que Jesucristo pierda las almas que redimió con su sangre; por eso dice que Jesucristo padeció mayor persecución de parte de los escandalosos que de los que le crucificaron (*In Convers. S. Pauli*, serm. 1).

Pues bien, si el escándalo es detestable en todos, hasta en los seglares, ¡cuánta mayor malicia encerrará en los sacerdotes, puestos por Dios en la tierra para salvar a las almas y conducir las al cielo! El sacerdote es llamado sal de la tierra y luz del mundo (Mt. 5, 13-14). El oficio de la sal es conservar las cosas, y éste es precisamente el oficio del sacerdote: conservar las almas en gracia de Dios. ¿Qué serán los demás, pregunta San Agustín, si los sacerdotes no hacen el oficio de la sal? (*De serm. Dom. in monte*, l. 1, c. 6). Por tanto, continúa el santo, esta sal de nada valdrá, sino para ser arrojada de la iglesia y pisoteada por todos. Y si esta sal, en vez de conservar, se emplease en corromper, es decir, si este sacerdote, en vez de salvar, se emplease en hacer que las almas

se perdieran, ¿qué castigo merecería?

El sacerdote es también luz del mundo, por lo que dice San Juan Crisóstomo que el sacerdote ha de resplandecer de tal modo por su vida virtuosa que ilumine a los restantes hombres a imitarlo (*De sacerdot.*, l. 6). Y si esta luz se trocase en tinieblas, ¿qué sería del mundo, sino tinieblas y ruina? Los malos sacerdotes, decía San Gregorio, son causa de la ruina del pueblo (p. 1.^a, c. 2). Lo mismo escribió el santo a los obispos de Francia, exhortándolos a castigar a los sacerdotes escandalosos (*Ep.*, l. 9, c. 64), que es lo que había ya dicho el profeta Oseas: *La suerte del sacerdote será cual la del pueblo* (Os. 4, 9). Dijo también el Señor por Jeremías: *Y empaparé de grosura el alma de los sacerdotes, y mi pueblo se saciará de mis bienes* (Ier. 31, 14). Por esto decía San Carlos Borromeo que «si los sacerdotes son ricos y fecundos en virtudes, lo serán también los pueblos» (*In Synod. dioeces.*, II, or. 1).

Tomás de Cantimpré escribe que el demonio dijo en París a cierto eclesiástico que predicara al clero y le dijese que saludara y agradeciese de parte de los príncipes de las tinieblas a los príncipes de la Iglesia por el gran número de almas que por su causa se condenaban (*De Apib.*, l. 1, c. 20). De esto precisamente se lamenta el Señor por Jeremías: *Rebaño descarriado era mi pueblo; sus pastores habíanlo extraviado* (Ier. 50, 6). No hay remedio, dice San Gregorio; «cuando el pastor va al precipicio, van también con él las ovejuelas» (*Past.* p. 1.^a, c. 2). «El mal ejemplo de los sacerdotes arrastra consigo la depravación del pueblo» (*In Conv. S. Pauli*, serm. 1). «Si un seglar, añade, se pierde, piérdese solo; pero si se pierde un sacerdote, hará que se pierdan muchos

otros, especialmente si son súbditos suyos» (Ep. 127). Mandó el Señor en el Levítico que se inmolara un corderillo por el pecado de un solo sacerdote, como por los pecados de todo el pueblo; de lo que deduce Inocencio III, papa, que el pecado del sacerdote pesa tanto como los pecados de todo el pueblo, porque el sacerdote con su pecado arrastra tras de sí a todo el pueblo a pecar (*In consecr. pont.*, serm. 1, 4-3); que es lo que Dios mismo declaró en el Levítico: «*Si fuere el sacerdote ungido quien ha pecado, haciendo así culpable al pueblo, presentará a Yahveh por el pecado cometido un novillo sin defecto en sacrificio expiatorio.*» De aquí que, hablando San Agustín a los sacerdotes, les diga: «No vayáis a cerrar el cielo a los fieles, pues se lo cerráis cuando os ven vivir mal» (*Ad Fratr. in er.*, serm. 36). Un día dijo el Señor a Santa Brígida que los pecadores, al ver el mal ejemplo de los sacerdotes, se animan a pecar y hasta llegan a gloriarse de los pecados de que antes se avergonzaban (*Revel.*, l. 4, c. 132). Por eso añadía que los sacerdotes serán mayormente maldecidos que los demás, porque su mala vida es causa no tan sólo de la propia perdición, sino de la ajena.

Escribe el autor de la *Obra imperfecta* que a la vista del árbol de hojas pálidas y ajadas se deduce que está enfermo de la raíz; e igualmente, cuando se ve un pueblo corrompido, se debe deducir con toda justicia que sus sacerdotes son también malos (*Hom. 38 in Mat*). En efecto, añade, la vida de los sacerdotes, es la raíz de que participan los fieles, que son los ramos. E igualmente decía San Ambrosio que los sacerdotes son la cabeza por la que pasan los espíritus vitales a los miembros, que son los seglares. *Toda la cabeza está enferma... Desde la planta del*

pie hasta la cabeza no hay en él parte ilesa (Is., 1, 5-6). De lo mismo se quejaba San Isidoro, diciendo: «Cómo se quiere encontrar buena salud en el cuerpo, si no se halla en la cabeza?» (*Sent.*, l. 3, c. 38). «¿Quién, añade San Bernardo, se pondrá a buscar en el fango el agua límpida de la fuente? ¿Es que voy a pasar por bueno el recibir excelentes consejos de quien no sabe dárselos a sí mismo?» (*Offic.*, l. 2, c. 12). Hablando del mal ejemplo de los príncipes, decía Plutarco que «éstos colocan el veneno no ya en el vaso, sino en la fuente, envenenándose luego cuantos de ella se sirvan» (*Opusc. Max. cum princip. philos.*). Esto se aplica de modo especial al mal ejemplo de los sacerdotes; que por eso Eugenio III dice que «los pecados de los inferiores han de achacarse principalmente a los malos superiores» (*De consid.*, l. 3, c. 5 *apud S. Bernard.*).

San Gregorio llama a los sacerdotes *padres de los cristianos* (*In Ev.*, hom 17), e igualmente el Crisóstomo, quien dice que el sacerdote, como vicario de Dios, está obligado a cuidar de todos los hombres, por ser padre de todo el mundo (*In 2 Tim.*, hom. 6). Y así como el padre es doblemente culpable cuando da mal ejemplo a sus hijos, así pasa con el sacerdote que da mal ejemplo a los seglares. «¿Que hará el seglar, pregunta Pedro de Blois, sino lo que vea hacer a su padre espiritual?» (*Serm.* 57). Lo mismo hacía notar San Jerónimo a un obispo: Cuanto usted haga, creerán los demás deber hacerlo (*Ep. ad Heliód.*). Como nota Cesáreo, «los seglares dicen cuando pecan por ver los malos ejemplos del eclesiástico: ¿Es que no hacen esto los miembros más elevados del clero?» (*Serm.* 15). Y San Agustín pone en boca del seglar estas palabras: «¿Para qué me mandas? Si los

eclesiásticos no lo hacen, ¿cómo quieres que lo haga yo?» (*Serm.* 137, *de verb. Dom*). «Cuando los sacerdotes, en lugar de edificar, dice San Gregorio, escandalizan, hacen en cierto modo que el pecado deje de ser aborrecido y pasa a ser honrado» (*Past.*, p. 1.^a, c. 2).

Tales sacerdotes son, por lo tanto, a la vez, padres y parricidas, por ser causa de la muerte de sus hijos, como se lamenta San Gregorio: «Ya veis los dardos que llevan la muerte a las filas del pueblo; ¿cuál es la causa de tamaño mal, sino nuestros pecados? Sí; nosotros damos la muerte al pueblo, cuando debiéramos ser sus guías en los caminos de la vida» (*In Ev.*, hom. 17). Dirá tal vez algún obcecado: «Yo he de dar cuenta de mis pecados, pero ¿qué me importa de los pecados de los demás?» Digan lo que quieran, pero oigan lo que escribe San Jerónimo: «Si decís: Me basta con mi conciencia y no me preocupo de lo que digan los hombres, escuchad lo que os responde el Apóstol: *Próvidos en procurar lo bueno a los ojos de todos los hombres* (Rom. 12, 17). Dice San Bernardo que «los sacerdotes escandalosos, a la vez que se matan a sí mismos, matan también a los demás» (*In Cant.*, serm. 77). Y, como escribe en otro lugar, no hay peste más nociva para los pueblos que la ignorancia y la corrupción reunidas de los sacerdotes (*De ord. vitae*, c. 1). El mismo santo escribe, además, que «muchos sacerdotes son católicos en sus sermones y herejes en sus costumbres, porque hacen más daño con sus malos ejemplos que los herejes con sus falsos dogmas, ya que las obras tienen más fuerza que las palabras» (*S. ad Past. in syn.*).

Decía Séneca que «para enseñar la virtud o el vicio, el camino doctrinal es largo, al paso que el ca-

mino de los ejemplos es corto» (Ep. 6). Después de él escribió San Agustín, hablando especialmente de la castidad sacerdotal: «La castidad es indispensable a todos, pero de modo especial a los ministros del altar de Cristo, porque su vida ha de ser una predicación continua para los demás» (*Serm.*, 291 *de temp.*). Y, «¿cómo va a predicar la castidad el esclavo de la impureza?», preguntaba San Pedro Damiano (*Opusc.*, 17, c. 3). Decía San Jerónimo que «el mismo estado que ejerce el sacerdote y sus mismos hábitos talaes exigen la santidad» (Ep. 58). ¿Qué escándalo, pues, tan grande habría en la Iglesia si se viera que quien está revestido de las sagradas órdenes diera ejemplos viciosos?, se pregunta San Gregorio (*Past.*, p. 1.^a, c. 2). Y «¿qué desorden más terrible todavía, añade San Isidoro de Pelusio, que el del sacerdote prevaliéndose de su dignidad como de armas para el pecado?» (Ep., l. 2, ep. 21). Tal sacerdote, como dice Ezequiel, *deshonra su belleza* (Ez. 16, 25). San Bernardo dice que «los sacerdotes que no dan buen ejemplo son la burla de todo el pueblo» (*De consid.*, l. 4, c. 6). «Es gran desorden, observa el autor de la *Obra imperfecta*, ver sacerdotes que viven como seglares; pero ¿qué será ver sacerdotes que viven peor que los mismos seglares?» (*Hom.* 40). Y «¿qué buen ejemplo, añade San Ambrosio, podrá el pueblo tomar de ti si ven en ti, a quien consideran santo, acciones de las que ellos se avengonzarían?» (Ep. 6).

Escuchad esto, ioh sacerdotes!..., dice el Señor por Oseas, *porque a vosotros afecta esta sentencia, pues habéis constituido un lazo para Mispá y una red extendida sobre el Tabor* (Os. 6, 1). Quienes cazan con red, para atraer a otros pajarillos se sirven de reclamos, que no son sino otros pajarillos presos ya de las

redes. También el demonio se vale de los escandalosos para cautivar a otros en sus redes. Dice San Efrén que «el alma presa vale de reclamo para apresar otras almas» (*De recta viv. rat.*, c. 22). De estos escandalosos se quejaba Dios, diciendo por Jeremías: *Pues se encuentran en mi pueblo malvados que tienden la red; a manera de acechantes pajareiros ponen trampas para cazar a los hombres* (Ier. 5, 26). Pero «a quiénes buscan preferentemente los demonios, dice San Cesáreo Arelatense, para valerse de tales lazos, es a los sacerdotes escandalosos, a quienes llama palomas de que se valen los cazadores (demonios) para cazar a los demás» (*Hom.* 35).

Cuenta un autor que antiguamente, cuando pasaba por la calle un simple clérigo, todo el mundo se levantaba e iba a rogarle lo encomendase a Dios. ¿Sucedé hoy también así? ¡Ay!, exclama Jeremías; *cómo se ha oscurecido el oro; ha degenerado el oro mejor. Las piedras brillantes yacen esparcidas en las esquinas de todas las calles* (Lam. 4, 1). El oro, es decir, los eclesiásticos, como explica el cardenal Hugo, perdió su excelente color, es decir, el vivo esplendor de la santa caridad, y se ha oscurecido, es decir, ya no resplandece con los buenos ejemplos. Las piedras del santuario (los sacerdotes, como quiere San Jerónimo) están esparcidos por los caminos, de modo que no sirven más que para hacer tropezar a los pobres seglares en el vicio. Todo esto lo comenta precisamente San Gregorio con estas palabras: «El oro se ha oscurecido, porque los sacerdotes deshonran su vida con réprobos obras; se ha empeñado el vivo destello del oro, porque el tenido por santo ha caído ignominiosamente, despreciado por sus abyectas acciones. Las piedras del santuario están

esparcidas a la entrada de todas las plazas, porque apenas hay ya asuntos seculares que no administren los sacerdotes» (*In Ev.*, hom. 17).

Se lee en el Cantar de los Cantares: *Los hijos de mi madre se indignaron contra mí* (*Cant.* 1, 5), palabras que Orígenes aplica a los sacerdotes que se arman con sus escándalos contra su misma madre, que es la Iglesia. San Jerónimo añade que la Iglesia es devastada por la mala vida de los sacerdotes (*Ep. ad Sabin*). Comentando San Bernardo aquel paso de Ezequías: *He aquí que en salud se me ha trocado la amargura* (Is. 38, 17), pone estas palabras en boca de la Iglesia: «Tengo paz por parte de los paganos, paz por parte de los herejes, y no la tengo por parte de los hijos» (*In Cant.*, serm. 33). Al presente, dice la Iglesia, no estoy perseguida por los gentiles, pues cesaron los tiranos; no por los herejes, pues cesaron las herejías; sin embargo, soy perseguida por mis mismos hijos, que son los sacerdotes, quienes con su mala vida me roban tantas almas. No, dice San Gregorio, nadie daña tanto a la causa de Dios como los sacerdotes, que, establecidos por Dios para corrección de los demás, son los primeros en dar malos ejemplos (*In Ev.*, hom. 17). Los sacerdotes con su mal ejemplo son la causa de que se vitupere su ministerio, predicaciones, misas y todos sus ejercicios religiosos. De aquí este aviso del Apóstol a los sacerdotes: *Trabajemos, no dando en nada ocasión alguna de tropiezo, para que no sea mojado el ministerio, antes bien, acreditándonos en todo como ministros de Dios* (2 Cor. 6, 3-4). «Si la ley de Cristo es despreciada, dice Salviano, tenemos la culpa de ello los sacerdotes». Añade San Bernardino de Siena que «muchos cristianos, al ver los malos ejemplos de los

sacerdotes, llegan hasta a vacilar en la fe y hasta abandonarse a los vicios, con desprecio de los sacramentos, del infierno y del paraíso» (*De duob. poenit. imped.*, serm. 19, a. 2, c. 1).

Escribe el autor de la *Obra imperfecta* que «los infieles, al ver la mala vida de los sacerdotes, decían que el Dios de los cristianos o no era verdadero o era malo; porque si fuese bueno, decían, ¿cómo podría soportar sus pecados?» (*Hom.* 10). En la plática acerca de la misa contaremos más detenidamente el hecho del hereje que estaba dispuesto a convertirse, pero que no lo hizo por haber visto que un sacerdote celebraba en Roma la santa misa, atropelladamente, diciendo que ni el mismo papa tenía fe, pues de otro modo, al conocer a tales sacerdotes, tendría que quemarlos vivos.

Decía San Jerónimo que «no había encontrado en la Historia quienes hubieran infestado a la Iglesia de herejías y pervertido a los pueblos más que los sacerdotes» (*In Ocean.*, c. 9). Pedro de Blois añadía que «las herejías se han multiplicado por la negligencia de los sacerdotes» (*Serm.* 50). Y en otro lugar añade que «por culpa de los sacerdotes se ha visto pisoteada la Iglesia de Cristo y ha llegado a ser despreciada» (*Serm.* 60, in c. 5 *Oseae*). Piensa San Bernardo que «hacen más daño los sacerdotes escandalosos que los mismos herejes; porque de los herejes, dice, nos podemos guardar, pero ¿cómo nos habremos de guardar de los sacerdotes, de quienes necesariamente habremos de ser asistidos?» (*In Cant.*, serm. 83).

¡Qué castigo tan grande está reservado a los sacerdotes escandalosos! Si a cualquier seglar escandaloso está reservado gran castigo (Mt. 17, 7), ¿cuánto mayor sobrevendrá a quien Dios eligió entre los de-

más por ministro suyo? (Eccli. 45, 4). Jesucristo lo eligió para reportar de él fruto de las almas (Io. 15, 16), y él con sus malos ejemplos les causó la ruina. Dice San Gregorio que estos tales merecen tantas muertes cuantos son los malos ejemplos dados (*Past.*, p. 3.^a, c. 1). Hablando el Señor especialmente de los sacerdotes, dijo a Santa Brígida: «Serán doblemente maldecidos por haberse perdido a sí mismos y a los demás» (*Revel.*, l. 4, c. 132). Los sacerdotes están encargados de cultivar la viña del Señor, pero el Señor arroja de la viña a los malos obreros, es decir a los malos sacerdotes, para encomendarla a otros que produzcan mejores frutos (Mt. 21, 41).

¡Ay de mí!, ¿qué será de los sacerdotes escandalosos en el día del juicio? *Los asaltaré como osa privada de sus cachorros* (Os. 13, 8). ¡Con qué furor se abalanza la osa contra el cazador que le va a arrebatar y matar a sus cachorros! Así declara Dios que se lanzará, en el día del juicio, contra los sacerdotes que, en vez de salvar las almas, hayan contribuido a su pérdida. Y, como dice San Agustín, si en aquel día del juicio apenas si se podrá rendir cuenta de sí mismo, ¿qué será de aquellos sacerdotes que tendrán que rendirla de tantas almas como habrán perdido? (*Serm.* 287) En la *Obra imperfecta* se lee: «Si los sacerdotes viven entregados al pecado, todo el pueblo se hunde en los vicios; por eso cada cual dará cuenta de su pecado, al paso que los sacerdotes la darán de los pecados de todos» (*Hom.* 38, *in Mt.*). ¡Cuántos seglares, cuántos pobres aldeanos y cuántas mujerinas, en el valle de Josafat, serán motivo de confusión para los sacerdotes! El autor de la *Obra imperfecta* añade aún: «En el día del juicio se verá cómo hay seglares que recibirán la estola sacerdotal,

en tanto que se verán también sacerdotes despojados por sus pecados de la dignidad sacerdotal y mezclados entre los infieles y los hipócritas» (*Hom.* 40). Guardémonos, pues, sacerdotes míos, de contribuir a la perdición de las almas con nuestros malos ejemplos, ya que el Señor nos puso en el mundo para salvarlas. De aquí que hayamos de estar en guardia no sólo contra las obras ilícitas de por sí, sino también, como dice San Pablo, de las que tienen apariencia de mal (*1 Thess.* 5, 22). Razón tuvo el concilio de Agde para ordenar que salieran de las casas de los sacerdotes las muchachas jóvenes (*Con. Agath.*, c. 2). Vivir con estas criadas jóvenes, aun cuando no fueran ocasión de pecado (lo que es imposible), al menos tiene apariencia de mal y puede ser ocasión de escándalo para otros. Por eso también nos recomienda al Apóstol que nos debemos privar aun de lo lícito para *no ser tropiezo para los débiles* (*1 Cor.* 8, 9). Abstengámonos también de repetir ciertas máximas mundanas, tales como: No hay que dejarse pisotear; hay que disfrutar de esta vida; ¡felices los ricos!; Dios está lleno de misericordia y de compasión (dirigiéndose a pecadores que persisten en su pecado).—¡Qué escándalo tan grande fuera el alabar a quien obra mal; por ejemplo, al vengativo o al que vive entretenido en amistades peligrosas! Alabar a estos tales, dice San Juan Crisóstomo, es mucho peor que cometer el mismo mal (*De Saul et David*, hom. 2). Finalmente, si alguno, por desgracia, hubiera en lo pasado escandalizado o sido ocasión de escándalo, este tal está obligado, como ya se comprende, a repararlo públicamente con buenos ejemplos externos.

CAPITULO IX

DEL CELO QUE HA DE ANIMAR A LOS SACERDOTES

Nótese que en la predicación de ejercicios al clero, el más importante de todos los discursos, y a la vez el más útil, es este sermón sobre el celo; porque si se consigue que uno de los sacerdotes asistentes se resuelva, como hay que esperarlo de la gracia de Dios, a darse de lleno a la salvación del prójimo, se habrá conseguido no tan sólo la salvación de un alma, sino la de ciento y la de mil que se salvarán por medio de este sacerdote.

Hablaremos en este capítulo:

1.º De la obligación en que se hallan todos los sacerdotes de trabajar por la salvación de las almas.

2.º Del placer que causa a Dios el sacerdote que se dedica a la salvación de las almas.

3.º De la salvación eterna y del extraordinario premio que puede esperar de Dios el sacerdote que trabaja en la salvación de las almas.

4.º Del fin, de los medios y de las obras del sacerdote celoso.

I. De la obligación en que se hallan todos los sacerdotes de trabajar por la salvación de las almas

En la *Obra imperfecta* se leen estas palabras: «Hay muchos y hay pocos sacerdotes; muchos de nombre,

pero pocos por sus obras» (*Hom. 43 in Mt*). El mundo está lleno de sacerdotes, pero son contados los que se esfuerzan por ser sacerdotes de verdad, es decir, por satisfacer el oficio y la obligación del sacerdote, que es salvar las almas. Grande es la dignidad de los sacerdotes, pues son colaboradores del mismo Dios (1 Cor. 3, 9), y no puede haber cosa más digna, dice el Apóstol, que ser cooperador de Jesucristo en la salvación de las almas, redimidas por El. Por esto llamaba el Areopagita divina, y «la más divina de todas las dignidades, a la dignidad sacerdotal» (*Ibid.*, c. 3). En efecto, como añade San Agustín, «se necesita mayor poder para justificar un pecador que para crear el cielo y la tierra» (*In Io.*, tr. 52). San Jerónimo llamaba a los sacerdotes salvadores del mundo (*In Abd.*, 21); San Próspero los llamaba administradores de la casa real de Dios (*De vita cont.*, l. 2, c. 2), y ya antes que ellos, Jeremías los llamó pescadores y cazadores del Señor: *Yo enviaré muchos pescadores...; y después de todo enviaré muchos cazadores, y los cazarán sobre todo monte, y encima de todo collado, y en las hendiduras de las rocas* (Ier. 16, 16). San Ambrosio aplica este pasaje precisamente a los sacerdotes que conquistan para Dios a los más perdidos pecadores, librándolos de todos sus vicios; por *monte* entiende la soberbia; por *collado*, la pusilanimidad, y por las *hendiduras de las rocas*, los malos hábitos, que llevan consigo las tinieblas en el espíritu y la frialdad en el corazón. Pedro de Blois decía que a Dios no le ayudó nadie en la obra de la creación, y, sin embargo, en el misterio de la redención quiso tener cooperadores (*Serm.* 47). ¿Quién será en la tierra mayor que el sacerdote? El Crisóstomo decía: «Al rey se ha confiado lo de aquí abajo, en tanto

que a mí, sacerdote, se me han encomendado las cosas celestiales» (*De verbis Is.*, hom. 4); e Inocencio III añadía: «Aun cuando la Santísima Virgen era superior a los apóstoles, sin embargo Dios no le encomendó a ella las llaves del reino de los cielos» (Cap. *Nova quaedam. de Poen. et Rem*).

San Pedro Damiano llama al sacerdote conductor del pueblo de Dios (*Opusc.* 25, c. 2); San Bernardo lo llama guardián de la Iglesia, que es la esposa de Cristo (*In Cant.*, serm. 77, *ad cler*); San Clemente, Dios de la tierra (*Const. Apost.*, l. 2, c. 2), puesto que por medio de los sacerdotes se forman los santos aquí abajo. Dice San Flaviano que «toda la esperanza y la salvación de los hombres está en manos de los sacerdotes» (*Ep. ad S. Leon*); y San Juan Crisóstomo añade que nuestros padres nos engendran para la vida presente, en tanto que los sacerdotes lo hacen para la futura» (*De sacerd.*, l. 3). «Sin sacerdotes, dice San Ignacio Mártir, no habría santos en la tierra» (*Ep. ad Trull.*). Y antes había dicho Judit que de los sacerdotes depende la salvación de los pueblos (*Iudith* 8, 21). Los sacerdotes enseñan a los seglares a vivir en la práctica de las virtudes y de ellos depende la salvación de los seglares; por eso decía San Clemente: «Honrad a los sacerdotes que os guían por los senderos de la santidad» (*In Const. Apas.*).

Grandísima es, por tanto, la dignidad de los sacerdotes; pero también es grande la obligación que sobre ellos pesa de cuidar de la salvación de las almas: *Todo pontifice, escogido de entre los hombres, es constituido en pro de los hombres cuanto a las cosas que miran a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados* (Hebr. 5, 1). Y continúa: *capaz de ser indulgente con los ignorantes y extraviados* (ibid.

2). De aquí se sigue que el sacerdote ha recibido de Dios doble misión: la de honrarlo con sacrificios y la de salvar las almas, instruyendo a los ignorantes y convirtiendo a los pecadores.

Hay diferencia completa entre eclesiásticos y seculares; éstos se aplican a cosas terrenales y no miran más que a sí mismos; aquéllos, *linaje escogido, real sacerdocio* (1 Pet. 2, 9), constituyen el pueblo de la elección encargado de adquirir tesoros, pero ¿de qué clase?; y responde San Ambrosio: «Su oficio es ganar almas y no plata» (*Serm.* 78 in. 1 *Is*). El mismo nombre de sacerdote, comenta San Antonino, expresa la naturaleza de sus funciones, pues viene de *sacra docens* (*Summ.*, p. 3.^a, tit. 14, c. 7) o, como quiere San Tomás, de *sacra dans* (p. 3.^a, q. 22, a. 1). Honorio de Autun dice que *presbyter* se deriva de *praebens iter*, el que se abre al pueblo el camino por donde se llega del destierro a la patria (*Gemma an.*, l. 1, c. 171). Todo esto está conforme con lo que dice San Ambrosio, quien llama a los sacerdotes «guías de la grey de Cristo» (*De dignit. sac.*, c. 2); y saca esta conclusión: «Que la vida responda al nombre, que el nombre no sea una palabra vacía, y así se evitará un gran crimen» (*Ibid.*, c. 3). Por lo tanto, si el nombre de *sacerdote* y de *presbítero* indican que el sacerdote ha de ser sostén y guía de las almas en las vías de salvación, deben estar concordes el nombre y las obras, para que el nombre no sea título vano y las obras no se conviertan en delito, pues «el daño del rebaño es ignominioso para el pastor», como dice el mismo santo doctor (*Reg. Monach, de Laud. de vit*).

«Si quieres, por tanto, desempeñar los oficios de sacerdote, dice San Jerónimo, haz de modo que salves tu alma salvando la de los demás» (*Ep. ad Paul*).

Preservar las almas de la corrupción del mundo y conducir las a Dios, tal es, según San Anselmo, el oficio propio del sacerdote. Y, según el abad Felipe de Buena Esperanza, el Señor separó a los sacerdotes del resto de los hombres para que trabajen no sólo en su propia salvación, sino también en la de los demás (*De dignit. cler.*, c. 2). El celo nace del amor, como dice San Agustín; y por eso, así como la caridad nos obliga a amar a Dios y al prójimo, así el celo nos fuerza, primero, a procurar la gloria de Dios y a impedir su deshonra, y luego, a procurar el bien del prójimo y a impedir su mal.

No digas que eres simple sacerdote, sin cargo de almas, y que, por lo tanto, te basta con ocuparte de ti mismo. No; todos los sacerdotes están obligados a atender, en modo que les sea dado, a la salvación de las almas según sus necesidades. Por eso, cuando la falta de confesores constituye una gran necesidad espiritual para las almas, el simple sacerdote estará obligado a confesar, como lo probamos en nuestra obra de Moral, y si viere que no es hábil para ello, está obligado a estudiar para hacerse hábil. Tal es el parecer del sabio P. Pavone, de la Compañía de Jesús, y no sin razón; porque así como Dios envió a Jesucristo a salvar el mundo, así Jesucristo destinó a los sacerdotes para convertir a los pecadores (Io. 20, 21). Por esto ordenó el Tridentino que quienes aspiran al sacerdocio se examinen de su idoneidad para la administración de los sacramentos (*ses. 23, c. 14 de Reform*). Para este fin, dice también el Angélico, constituyó Dios en el mundo el orden sacerdotal, para que hubiese hombres encargados de santificar a los demás por la administración de los sacramentos (*Supp.*, q. 34, a. 1). Y de modo especial están orde-

nados los sacerdotes para administrar el sacramento de la penitencia, ya que después de las palabras que hemos citado: *Como me ha enviado el Padre, también yo os envío* (Io. 20, 21), añade inmediatamente: *Esto dicho, sopló sobre ellos y les dice: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonareis los pecados, perdonados les son; a quienes los retuviereis, retenidos quedan* (Io. 20, 22. 23). Y si el absolver los pecados es una de las principales obligaciones del sacerdote, también será otra obligación la de prestarse a desempeñar ese oficio, al menos cuando la necesidad lo exige, para no incurrir en el reproche de San Pablo a sus compañeros sacerdotes: *Secundando la obra de Dios, os exhortamos por nuestra parte que no hayáis recibido en vano la gracia de Dios* (2 Cor. 6, 1).

Dios destinó a los sacerdotes para que fuesen sal de la tierra, perseverando a las almas de la corrupción del pecado, como escribe el Venerable San Beda (*In Mt.*, 5, 13); pero si la sal no sala, ¿para qué vale sino para ser arrojada fuera de la casa del Señor y pisoteada por todos? (Mt. 5, 13).

El sacerdote, dice San Juan Crisóstomo, es como el padre de todos, y por eso debe cuidar de todas las almas a quienes pueda ayudar con su ministerio, cooperando a su salvación con las propias fatigas (*In 1 Tim.*, hom. 6).—Los sacerdotes son además, médicos destinados por Dios para la curación de todas las enfermedades de las almas, como los llaman Orígenes y San Jerónimo. Por eso añade San Buenaventura: «Si el médico huye de los enfermos, ¿quién los cuidará?» (*De sex. alis.*, c. 2).

Llámase también a los sacerdotes muros de la Iglesia (*In Ps.* 118); y el autor de la *Obra imperfecta* añade: «Los sacerdotes son las piedras que sostienen

la Iglesia» (Sam. 4, 1). San Euquerio los llama columnas que sostienen al mundo para impedir que se caiga (*Hom. de dedic. Eccl.*). Finalmente, San Bernardo los llama la misma casa de Dios, Afirmamos, pues, con el autor de la *Obra imperfecta*, que, si caen los muros, se hunden los cimientos y se derriban las columnas (*Hom.* 47); si, en fin, cae toda la casa, ¿cómo se la podrá reparar?

El autor de la *Obra imperfecta* llama también a los sacerdotes colonos de la viña del Señor (*Hom.* 40 in c. 2 *Mt.*); pero, ¡oh Dios!, se lamenta San Bernardo, «los labradores no perdonan fatigas ni sudores y trabajan todo el día en el cultivo de sus viñas» (*Declam.*, n. 10, 12), y ¿qué es lo que hacen los sacerdotes, puestos por Dios para cultivar su viña?; y continúa respondiendo el santo: «Duérmense en la ociosidad y consumen sus fuerzas en medio del ocio y de los placeres terrenales».

La mies es mucha, mas los obreros, pocos (Mt. 9, 37). No, no bastan los obispos ni los párrocos para cubrir las necesidades espirituales de los pueblos; si Dios no hubiera enviado a los demás sacerdotes para auxilio de las almas, no habría provisto suficientemente a su Iglesia. Dice Santo Tomás que los doce apóstoles destinados por Jesucristo para la conversión del mundo fueron figura de los obispos, y que en los setenta y dos discípulos estuvieron prefigurados todos los sacerdotes, establecidos para trabajar en la salvación de las almas, que son el fruto que el Salvador busca de los sacerdotes (Io. 15, 16). Por eso San Agustín llama a los sacerdotes administradores de los intereses de Dios (*Ad Fratr. in er.*, serm. 36). Los sacerdotes recibieron la misión de extirpar los vicios y las máximas perniciosas de los pueblos y ha-

cer que florecieran las virtudes y las máximas eternas. En el día en que el Señor exalta a alguien al sacerdocio, le impone la misma obligación que antaño a Jeremías: *Ve que te constituyo hoy sobre los pueblos y sobre los reinos para arrancar y destruir, para asolar y demoler, para edificar y plantar* (Ier. 1, 10).

Ignoro cómo se podrá excusar de culpa el sacerdote que viendo la grave necesidad de las almas de su región y pudiéndolas ayudar con la enseñanza, con la predicación de la divina palabra y hasta con oír sus confesiones, lo omite por pereza; ignoro, repito, cómo este tal en el día del juicio se verá libre del reproche y del castigo con que amenaza el Señor al siervo ocioso que esconde el talento que se le había dado para negociar, como se lee en el capítulo 25 de San Mateo. El amo le había dado el talento para trabajar, y el perezoso lo escondió; cuando aquél le pidió cuenta de las ganancias que le había producido, hubo el criado de responder: *Escondí tu talento en la tierra; ahí tienes lo tuyo* (Mt. 25, 25). Y precisamente fué esto lo que el amo le echó en cara: ¡Cómo!, le dijo, ¿conque te di el talento para que negociaras con él y me lo devuelves sin haber ganado nada?; y ordenó a continuación que fuese arrojado el siervo inútil a las tinieblas exteriores: *Quitadle, pues, el talento y dadlo al que tiene los diez talentos...; y al siervo desaprovechado arrojadlo a las tinieblas de allá fuera* (Mt. 25, 28-30). Por las tinieblas exteriores se entiende el fuego del infierno, que está privado de luz, es decir, que está fuera del cielo, como explican los intérpretes.

Este pasaje del Evangelio, San Ambrosio y otros varios, como Calmet, Cornelio Alápide y Tirini, lo

aplican precisamente a los que pueden procurar la salvación de las almas y no lo hacen, por negligencia o por vano temor de pecar. Fíjense en este pasaje, dice Cornelio Alávide, quienes por desidia o por miedo de pecar no usan para su salvación y la del prójimo los talentos, ciencia y otros dones de que Dios los ha dotado. Jesucristo se lo demandará en el día del juicio (*In Mt.*, 25, 18). Y San Gregorio añade: Atiéndanlo los sacerdotes perezosos: «Quien no ha querido emplear su talento será privado de él y además será castigado con sentencia de condenación» (*Past.*, p. 3.^a, c. 1, adm. 26). Y Pedro de Blois: «Quien hace fructificar en beneficio ajeno el don de Dios recibido, merece recibir más abundantemente de lo que ya tiene; en cambio, quien esconde el talento del Señor se verá despojado hasta de lo que parece que tiene» (*De Inst. Episc.*). Dice San Juan Crisóstomo que «no puede llegar a comprender que se pueda salvar el sacerdote que no se preocupa de la salvación del prójimo» (*De sacerdot.*, l. 6). Más aún, hablando de la parábola anterior, añade que la negligencia de tal sacerdote en hacer fructificar dicho talento será a la vez delito y causa de su eterna condenación (*ibid.*). Y San Agustín, a quienes dicen les basta salvar su alma, increpa: «¿Qué es lo que dices? ¿No te acuerdas del criado que escondió el talento?» (*In Io.*, tr. 10). Dice San Próspero que al sacerdote no le bastará para salvarse vivir santamente, porque se perderá con quienes se perderán por culpa suya (*De vita cont.*, l. 1. c. 20). Leemos en los Cánones apostólicos: «El sacerdote que no cuidara del clero o del pueblo a él encomendado, será separado de sus hermanos, y si persevera en su negligencia será depuesto» (Can. 57). ¡Cómo!, le pregunta San León,

¿conque tú quieres el honor del sacerdocio y luego no quieres trabajar por las almas? (*Ep. ad Turrib.*, c. 16). El concilio de Colonia decretó a quien se introdujera en el sacerdocio sin intención de dedicarse a desempeñar el oficio de vicario de Jesucristo, que es la salvación de las almas, se le castigara con notable y severo castigo, como a lobo y ladrón, según dice el Evangelio.

San Isidoro no duda en condenar como reos de culpa grave a los sacerdotes que descuidan la instrucción de los ignorantes o la conversión de los pecadores (*Sent.*, l. 3, c. 46). San Juan Crisóstomo dice: «Muchas veces los sacerdotes no se condenan por sus propios pecados, sino por los que no evitaron en otros» (*Hom. 3 in act*). Dice Santo Tomás que el sacerdote que por negligencia o por ignorancia no presta auxilios a las almas se hace reo ante Dios de todas las almas que por culpa de él se perdieron (y habla el Angélico del sacerdote simple, sin cura de almas) (*De officio sac., opusc*, 65). De igual modo se expresa el Crisóstomo: «Si el sacerdote se contenta con salvar su alma y descuida la de los demás, será lanzado con los impíos a los infiernos».—Hallándose en Roma cierto sacerdote próximo a la muerte, a pesar de haber vivido vida retirada y piadosa, temía mucho por su eterna salvación. Preguntado por qué temía tanto, respondió: «Temo porque no me he preocupado de la salvación de las almas».—Y con razón temblaba, pues el Señor instituyó a los sacerdotes para salvar las almas y librarlas de los vicios; de lo que se sigue que el sacerdote no desempeña esta su incumbencia, dará cuenta a Dios de todas las almas que se pierdan por culpa suya. *Si yo dijere al impío, amonestándole que se guarde de su perverso*

camino para que viva, él, como impío, morirá por su culpa, mas yo he de reclamar su sangre de tu mano (Ez. 3, 18). De modo que, como dice San Gregorio hablando de los sacerdotes ociosos, serán reos ante Dios de todas las almas que podían haber auxiliado y que se perdieron por su negligencia (*Past.*, p. 1.^a, c. 5).

Jesucristo redimió las almas con el precio de su sangre (1 Cor. 6, 20), y el Redentor confió estas almas al cuidado del sacerdote. ¡Desgraciado, pues, de mí!, decía San Bernardo viéndose sacerdote, «si descuidara este depósito, estimado por el Salvador más precioso que su propia sangre» (*In Adv. Dom.*, serm. 3). «Los seglares darán cuenta de sus pecados propios, pero el sacerdote la dará de los pecados de todos» (*Hom. 38 in Mt*). Y antes lo había dicho el Apóstol: *Ellos se desvelan por el bien de vuestras almas, como quienes han de dar razón* (Heb. 13, 17). De suerte, añade San Juan Crisóstomo, que «los pecados ajenos se imputan al sacerdote si éste se ha descuidado en poner remedio» (*In Act.*, hom 3). De aquí esta reflexión de San Agustín: «Si en el día del juicio apenas si se podrá rendir la cuenta particular, ¿qué acontecerá con los sacerdotes, a quienes se pedirá cuenta del alma de todos los fieles?» (*Serm.* 287). Hablando San Bernardo de quienes se hacen sacerdotes no para salvar almas, sino para vivir mejor, díceles: «¡Cuánto mejor hubierais hecho en ir a cavar la tierra o andar mendigando de puerta en puerta antes que haberos ordenado de sacerdotes!, porque en el día del juicio se oirán contra ellos las quejas de todas las almas que se condenaron por la negligencia de los sacerdotes» (*Declam.*, n. 19, c. 16).

II. Del placer que causa a Dios el sacerdote que se dedica a la salvación de las almas

Para darse cuenta de cómo desea Dios la salvación de las almas, basta sólo considerar lo que ha hecho en la obra de la redención humana. Bien claro patentizó Jesucristo este su deseo cuando dijo: *Con bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustias las mías hasta que se cumpla!* (Lc. 12, 50). Parecía desfallecer por el ansia que tenía de ver realizada la obra de la redención, que salvara a todos los hombres. De esto infiere justamente San Juan Crisóstomo que «no hay cosa más cara a Dios que la salvación de las almas» (*In Gen.*, hom. 3). Y antes escribió San Justino que nada agrada tanto a Dios como trabajar para hacer mejores a los demás. Cierta día dijo el Señor al sacerdote Bernardo Colnado, que se fatigaba mucho en la conversión de los pecadores: «Trabaja por la conversión de los pecadores, pues nada hay más agradable para mí» (cf. *Sabatin. clero sent.*, p. 1.^a, c. 4, disc. 3). Tan agradable es a Dios, añade Clemente Alejandrino, que se diría que no tiene mayor afán que ver salvos a todos los hombres (*Orat. ad Gentes*). Por eso decía San Lorenzo Justiniano hablando al sacerdote: «Si te preocupa la honra de Dios, no la podrás buscar de modo mejor que trabajando en la salvación de las almas» (*De compunct.*, p. 2.^a, n. 3).

Dice San Bernardo que a los ojos de Dios un alma vale tanto como el mundo entero (*Medit.*, c. 3); de ahí que escribiera el Crisóstomo que «quien convierta una sola alma agrada más a Dios que si repartiera todos sus bienes en limosnas» (*In I Cor.*, hom. 3). Asegura Tertuliano que «Dios estima tanto la salva-

ción de una ovejuela que anda fuera de camino como la salvación de todo el rebaño» (*De Poen.*). Por esto decía el Apóstol: *Me amó y se entregó a mí* (Gal. 2, 20), queriendo significar con esto que Jesucristo hubiera muerto por una sola alma, como murió por todas, según la interpretación de San Juan Crisóstomo y el significado de la parábola del Redentor acerca de la dracma perdida, a propósito de la cual escribe el Angélico: Al encontrar la dracma reunió a todos los ángeles, invitándolos a regocijarse no con el hombre, sino con El, como si el hombre fuera Dios del mismo Dios o como si la salvación divina dependiera de volver a encontrar al hombre perdido, como si no pudiera sin él ser feliz (*De Beat.*, c. 7, *opusc.* 65).

Cuentan que el obispo San Carpo tuvo una visión en la que le parecía ver cómo cierto pecador escandaloso arrastraba a un inocente al crimen. El santo, llevado de su celo, quiso precipitar al escandaloso en un pozo, al borde del cual se hallaba, cuando se le apareció Jesucristo sujetando en la mano al pecador y diciendo a San Carpo: «Golpéame de nuevo, porque de nuevo estoy presto a morir por los pecadores»; que es como si hubiese dicho: Detente y golpéame más bien a mí, porque por este pecador he dado la vida y estoy presto a darla de nuevo a trueque de no ver su perdición.

El espíritu eclesiástico, escribe Luis Habert, «consiste precisamente en el ardiente celo de promover la gloria de Dios y la salvación del prójimo» (*De sacr. Ord.*, p. 3.^a, c. 5). Natal Alejandro opinaba que no había que admitir al sacerdocio a quien no quisiera atender más que a sí mismo y no a los demás (*De ord.*, c. 3, a. 5, reg. 22). Ordenó el Señor en el Exodo

que los sacerdotes llevaran un vestido tejido de círculos a modo de ojos, para significar, como quiere un autor, que el sacerdote ha de ser todo ojos para velar la salvación de los pueblos. Dice San Agustín que el celo de la salvación de las almas y el deseo de ver a Dios amado por todos nace del amor; por lo tanto, añade el santo, quien no tiene celo es señal de que no ama a Dios, y quien no ama a Dios está perdido (*In Ps. 118*, serm. 18). Se hace agradable a Dios quien está vigilante por la guarda de la propia alma, pero agrada aún más al divino Corazón quien vigila también por las almas de sus prójimos (*In Cant.*, serm. 12).

En ninguna otra cosa, dice el Crisóstomo, conoce mejor el Señor la fidelidad y el amor de un alma que viéndola dedicada al bienestar del prójimo (*Serm. de B. Philog., ad pop. ant.*). Después de haber preguntado el Salvador a Pedro, hasta tres veces, si le amaba (Io. 21, 17), seguro ya de su amor, no le recomendó como prueba de tal amor sino que tuviera cuidado de las almas (*ibid*). Comenta San Juan Crisóstomo: «Pudiera haber dicho: Si me amas, despréndete del dinero, ayuna, duermes sobre la tierra, agota el cuerpo a trabajos. Pero no; sólo dijo: *Apacienta mis ovejas* (*Serm. de B. Philog.*). Y San Agustín comenta la palabra *mías*, suponiendo que el Señor quiso decir: Apacientalas *como mías*, no como *tuyas*; en ellas busca mi gloria y no la tuya, mi provecho y no el tuyo (*In Io.*, tr. 123, n. 5). Con esto nos enseñó el santo que quien quiera agradar a Dios trabajando por la salvación de las almas no ha de buscar su propia gloria ni su lucro, sino tan sólo el acrecentamiento de la gloria de Dios.

Decía Santa Teresa: «Cuando en las vidas de los

santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen; por ser ésta la inclinación que Nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia que todos los servicios que le podamos hacer» (*Fund.* c. 1 p. 2). Santa Catalina de Siena besaba la tierra en que los sacerdotes ponían los pies que caminaban en búsqueda de almas. Tan celosa era esta santa de la salvación de los pecadores que deseaba ponerse en la entrada del infierno para que ya no entrara en él ningún alma. Y nosotros, que somos sacerdotes, ¿qué decimos? ¿Que hacemos? Vemos perderse tantas almas, y ¿nos contentamos con verlo?

Decía San Pablo que para alcanzar la salvación de los prójimos hubiera aceptado ser separado de Jesucristo (por algún tiempo, como explican los intérpretes): *Pues desearía ser yo mismo anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos según la carne* (Rom. 9, 3). San Juan Crisóstomo «deseaba ser mirado como objeto de execración con tal de que se convirtieran sus súbditos» (*In Act.*, hom. 3). San Buenaventura declaraba que recibiría tantas muertes cuantos pecadores había en el mundo, para que todos se salvaran. San Francisco de Sales, hallándose entre los herejes del Chablais, no dudó, en lo más crudo del invierno, de pasar a gatas una viga helada que cruzaba el río, expuesto a sufrimientos y peligro, a trueque de poder ir a predicar a aquellas gentes. San Cayetano, hallándose en Nápoles en el año 1547, cuando se desarrolló aquella terrible revolución, al ver que se perdían tantas almas, se sintió tan

profundamente afectado, que murió de puro dolor. San Ignacio de Loyola decía que, aun cuando estuviese cierto de su eterna salvación, si muriese en aquella hora, sin embargo, elegiría permanecer en la tierra, aun en la incertidumbre de salvarse, si con ello pudiera continuar ayudando a las almas.

He aquí el celo por las almas de que están animados todos los sacerdotes amantes de Dios; y, sin embargo, sacerdotes hay que por la más mínima excusa, por no exponerse a un trabajillo o por recelo de cualquier enfermedad, descuidan la ayuda de las almas. Y en esto faltan también los que a veces tienen cura de almas. Decía San Carlos Borromeo que el párroco que quiera adoptar toda clase de comodidades y utilizar cuanto puede favorecer la salud corporal, nunca podrá desempeñar bien sus obligaciones. Y añadía que el párroco nunca se debía acostar sino después de tres ataques de fiebre.

Si amáis a Dios, decía San Agustín, arrebatad a todos hacia el amor divino (*In Ps. 33, n. 2*). Quien de veras ama a Dios, hace cuanto puede por inclinar a todos a amarlo, invitándolos con David: *Engrandeced conmigo al Señor, y ensalcemos su nombre de consuno* (Ps. 33, 4). Por todas partes va exhortando a todos y repitiendo en el púlpito, en el confesonario, por plazas y por casas: Hermanos, amemos a Dios; glorifiquemos su nombre de palabra y con las obras.

III. De cómo asegura la salvación eterna el sacerdote que trabaja en la salvación de las almas y del extraordinario premio que por ello tendrá en el cielo

Difícilmente muere mal el sacerdote que en la vida se sacrificó en bien de las almas. *Cuando... des*

tu pan al hambriento y sacies el alma humillada, irradiará en las tinieblas tu luz... Y Yahveh te conducirá de continuo... y fortalecerá tus huesos (Is., 58, 10-11). Si empleares tu vida, dice el profeta, en ayudar al alma necesitada y la consolaras en sus aflicciones, cuando lleguen las tinieblas de tu muerte temporal, el Señor te llenará de luz y te librará de la muerte eterna. Esto era lo que decía San Agustín: «Si salvaste un alma, predestinaste la tuya. Y antes lo había dicho el Apóstol Santiago: *Entienda que el que convierte un pecador del extravío de su camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de los pecados* (Iac. 5, 20).

Estaba para morir un sacerdote de la Compañía de Jesús que durante toda su vida se había dedicado a la conversión de los pecadores, y cuentan los menologios de la Compañía que moría tan alegre y confiado en su eterna salvación, que parecía exagerado; dijéronle, por lo tanto, que en la hora de la muerte había que confiar, pero había también que temer, a los que él acudió presto: «Pues qué, ¿he servido quizás a Mahoma? No; que he servido a un Dios harto agradecido y harto fiel; por eso ahora no tengo por qué temer». Habiendo San Ignacio de Loyola asentado la proposición que antes referimos, que para ayudar a las almas hubiera permanecido en la tierra incierto de su salvación, aun sabiendo que si entonces muriera se salvaría ciertamente, hubo quien le dijo: «Pero, Padre mío, no es prudente aventurar la salvación propia por salvar a los demás.». Y el santo replicó: «Será, por ventura, Dios tan tirano que, viéndome expuesto a peligro de condenación por ganarle almas, quiera luego mandarme al infierno?» Jonatás había salvado a los hebreos de manos de los filisteos,

a quienes había vencido no sin gran peligro. Cuando su padre, Saúl, lo condenó a muerte por haber comido miel contra su prohibición, el pueblo se puso a clamar: *¿Va a morir Jonatás que ha traído a Israel tan gran salvación?* (1 Reg., 14, 45) ¡Cómo!, decían; ¿queréis que muera Jonatás, después de habernos salvado a todos de la muerte? Y con sólo decir esto alcanzaron su perdón. Pues también esto ha de esperar el sacerdote que con sus fatigas salvó tantas almas; éstas, en el día de su muerte, se presentarán a Jesucristo para decirle: «¿Querréis arrojar, Señor al infierno a este que de él nos libró?» Y si Saúl condenó la muerte de Jonatás por las oraciones de aquel pueblo, Dios ciertamente no negará el perdón a aquel sacerdote por las oraciones de sus amigas las almas. Los sacerdotes que se sacrificaron por las almas oirán que en la muerte Dios mismo les anuncia el descanso eterno: *Sí, dice el Espíritu; que descansen de sus trabajos, porque sus obras los acompañan* (Apoc. 14, 13). ¡Oh, qué consuelo y qué motivo de confianza será para nosotros en la hora de la muerte el pensar que hemos ganado un alma para Jesucristo! *Dulce es el sueño del trabajador* (Eccl. 5, 11), dice el libro del Eclesiástico, y dulce es también la muerte del sacerdote que se haya sacrificado por la salvación de las almas.

Dice San Gregorio que tanto más presto será el pecador absuelto de sus culpas cuanto más haya contribuido a librar de los pecados a las almas de sus prójimos. Quien tiene la suerte de trabajar en la conversión de los pecadores goza de gran señal de predestinación y de que su nombre está escrito en el libro de la vida. Esto dió a entender el Apóstol cuando, al hablar de quienes le ayudaban en la conver-

sión de los pueblos, dijo: *¡Ea!, a ti también te ruego, mi leal compañero, que les prestes tu ayuda, ya que ellos lucharon a mi lado en pro del Evangelio, a una con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida* (Phil. 4, 3).

Por lo que atañe al extraordinario premio de los operarios evangélicos, escuchemos a Daniel: *Y los sabios brillarán como el resplandor del firmamento, y quienes enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas por siempre, eternamente* (Dan. 12, 3). Así como al presente vemos las estrellas tachonando nuestro cielo, así en el empíreo veremos que entre los bienaventurados resplandecen con mayores fulgores de gloria quienes más trabajaron en convertir almas a Dios. «Si merece gran recompensa, dice San Gregorio, quien libra a un hombre de la muerte temporal, ¿cuánto mayor la merecerá quien libre a un alma de la muerte eterna y le asegure una vida que no tendrá fin?» (*Mor.*, l. 19, c. 16). Y ya antes lo había dicho el Salvador: *El que (los) obrare y enseñare, éste será considerado grande en el reino de los cielos* (Mt. 5, 19). Cuando se condena el mal sacerdote que pervirtió con sus escándalos a muchas almas, ¡qué grande será su castigo en el infierno! Y por el contrario, Dios, que es más liberal en sus recompensas que severo en los castigos, ¿no habrá de recompensar magníficamente en el paraíso al buen sacerdote que con sus fatigas le haya ganado tantas almas?

San Pablo cifraba la esperanza de su eterna corona en la salvación de cuantos había convertido a Dios, persuadido de que le granjearían gran recompensa en el cielo: *¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria —¿acaso no vosotros también?— en la presencia de nuestro Señor Jesucristo en su adveni-*

miento? (1 Thess. 2, 19). San Gregorio asegura que «el obrero evangélico alcanzará tantas coronas cuantas almas haya conquistado para Dios». En el libro del Cantar de los cantares se lee: *Ven del Libano, esposa, hermana mía..., desde los cubiles de los leones, desde las montañas de los leopardos* (Cant. 4, 8). Esta es la magnífica promesa que el Salvador hace a quien se dedica a la conversión de los pecadores, almas que antes eran como fieras y monstruos del infierno y, luego de convertidas, se han hecho queridas de Dios, y más tarde serán perlas que adornarán la corona del sacerdote que las hizo emprender vida santa.

El sacerdote que se condena no se condena solo; pero el sacerdote que se salva, ciertamente no se salva solo. Cuando murió San Felipe Neri y fué al paraíso, el Señor envió a su encuentro todas las almas salvadas por su ministerio. Lo mismo se cuenta del siervo de Dios Fr. Querubín de Espoleto, a quien se vió entrar en la gloria acompañado de millares de almas salvadas con sus trabajos. También se cuenta del Ven. P. Luis de Lanuza que se le vió en el cielo sentado sobre un excelso trono cuyas gradas ocupaban todas las almas que había él convertido.

Los pobres trabajadores tienen que sufrir y sudar en la sementera de sus campos, en su laboreo y en su agosto; pero todas estas fatigas son, al fin, sobrea-bundantemente recompensadas con el gozo de la recolección: *Los que van entre lágrimas sembrando, segarán entre gritos de alegría. Andando va y llorando el que lleva y esparce la simiente* (Ps. 125, 6). Cierto que en este oficio de llevar almas a Dios se padecen muchos trabajos y fatigas, pero los operarios evangélicos recibirán extraordinaria recompen-

sa con la alegría que tendrán al presentar a Jesucristo, en el valle de Josafat, todas las almas salvadas por su celo.

No se abata ni renuncie a misión tan importante el sacerdote que, luego de trabajar por llevar almas a Dios, no ve coronados sus esfuerzos con el éxito. Sacerdote mío, dícele San Bernardo para infundirle ánimos, a pesar de ello no desconfíes y cree firmemente en el premio que te aguarda. Dios no exige de ti la curación de estas almas; tú procura solamente curarlas y El te recompensará, no según el resultado de los esfuerzos, sino según los esfuerzos mismos (*De cons.*, l. 4, c. 2). San Buenaventura confirma también lo dicho, añadiendo que el sacerdote no merecerá menos por los esfuerzos desarrollados con quienes poco o ningún éxito es completo (*De sex alis*, c. 5). Añade el mismo santo que el labrador que cultiva una tierra árida y pedregosa, aun cuando el rendimiento sea exiguo, merece mayor recompensa (*Ibid*); con lo que quiere significar que el sacerdote que se afana por llevar a Dios algún obstinado, aun cuando no lo llevare, crecerá el premio en proporción al crecimiento de sus trabajos.

IV. Del fin, de los medios y de las obras del sacerdote celoso

1.º Del fin que se ha de proponer

Si queremos recibir de Dios el premio de las fatigas por la salvación de las almas, hemos de hacer lo que hacemos, no por respetos humanos ni por honra propia nuestra o por ganancia terrena, sino sólo por

Dios y por su gloria; de no hacerlo así, en vez de premio reportaremos castigo. Decía San José de Calasanz que sería tan grande nuestra locura si, cansándonos como nos cansamos, esperaríamos de los hombres recompensa temporal.

Este oficio de salvar almas es en sí muy peligroso, dice Santo Tomás (*In Heb.*, c. 13, l. 3). Y San Gregorio añade: «Cuántas más personas tiene (el sacerdote) que dirigir, otras tantas almas tiene, por decirlo así, de quienes responder ante el soberano juez» (*Mor.*, l. 24, c. 30). Con la ayuda de Dios podremos desempeñar este ministerio sin pecado y con merecimiento; pero si alguno lo desempeña con otro fin que el de agradar a Dios, a éste le faltará la ayuda divina, y entonces ¿cómo se las arreglará para salir de allí sin pecado? Y ¿cómo obrarán, dice San Buenaventura, quienes reciben las órdenes sagradas no con la mira de la salvación de las almas, sino con la mira de la ganancia? (*De praep. ad Mis.*, c. 8). Y, como escribe San Próspero, no para hacerse mejores, sino para disfrutar de los honores? (*De vita cont.*, l. 1, c. 21). Dice Pedro de Blois: «Cuando se tiene que proveer un beneficio, ¿se pregunta quizás cuántas almas hay que ganar para Dios? No, sino que lo que se indaga es cuáles son sus rentas» (Ep. 15). Muchos, dice el Apóstol, *buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo* (Phil. 2, 21). «¡Oh abuso detestable, subordinar el cielo a la tierra!», decía el Beato Maestro Avila. Nota San Bernardo que cuando el Señor encomendó a San Pedro sus ovejas, dijo: *Apacienta mis ovejas*, y no dijo: «Traiciónalas o esquílalas» (*Declam.*, n. 12, c. 2). Y el autor de la *Obra imperfecta* escribe: «Somos obreros a sueldo de Jesucristo: y así como no hay quien contrate a un obrero para

que no haga más que comer, así no hemos sido llamados por Cristo solamente para cuidar de nuestros intereses, sino por la gloria de Dios» (*Hom. 34 in Mt.*). De aquí concluye San Gregorio que los sacerdotes no han de gozar con estar al frente de los hombres, sino con hacerles el bien posible (*Past.*, p. 2.^a, c. 6).

El único fin, por lo tanto, que se ha de proponer el sacerdote que trabaja en bien de las almas ha de ser la gloria de Dios.

2.º *De los medios que ha de emplear*

En cuanto a los medios que se han de emplear para ganar almas para el Señor, he aquí lo que sobre todo hay que hacer:

1. Ante todo hay que atender a la propia santificación. El medio principal para convertir las almas de los pecadores es la santidad del sacerdote. Dice San Euquerio que los sacerdotes, con las fuerzas que les da la santidad, son quienes sostienen el mundo (*Hom. de Dedic. eccl.*). «El sacerdote, como mediador, está encargado de unir pacíficamente a los hombres con Dios» (3, q. 26, a, 1), dice Santo Tomás. Pues bien, el mediador no ha de ser persona odiosa, pues si lo fuera irritaría más el ánimo de quien se encuentra indignado, como observa San Gregorio (*Past.*, p. 1.^a, c. 2); y añade: «Tiene que ser limpia la mano de quien se dedica a lavar las manchas de los demás» (*Past.*, p. 2.^a, c. 2). De aquí concluía San Bernardo que para que el sacerdote sea apto para convertir a los pecadores necesita en primer lugar purificar su propia conciencia, antes de tratar de pu-

rificar la ajena (Ep. 8). Decía San Felipe Neri: «Dadme diez sacerdotes animados del Espíritu de Dios, y yo respondo de la conversión del mundo entero». ¡Qué no hizo en Oriente San Francisco Javier! Dicen que él solo convirtió millones de infieles. ¡Qué no hizo en Europa San Patricio o San Vicente Ferrer! Más almas convertirá a Dios un sacerdote medianamente instruido, pero que ama mucho a Dios, que cien sacerdotes de gran sabiduría, pero poco fervorosos.

2. En segundo lugar, para recoger gran cosecha de almas hay que dedicarse mucho a la oración, porque en ésta se han de recibir de Dios las luces y los sentimientos fervorosos, para poderlos después comunicar a los demás: *Lo que os digo en la oscuridad, decidlo a la luz del día* (Mt. 10, 27). «Primero, decía San Bernardo, hay que ser concha, para ser luego canal» (*In Cant.*, serm. 18). Los santos convirtieron a las almas más con sus oraciones que con sus trabajos.

3.º *De las obras del sacerdote celoso*

He aquí algunas obras a las que se ha de consagrar el sacerdote celoso:

1. Ha de atender a la corrección de los pecadores. Los sacerdotes que ven las ofensas de Dios y se callan merecen llamarse, como los llama Isaías, *perros mudos, incapaces de ladrar* (Is. 56, 10). A estos perros mudos les serán imputados todos los pecados que pudieron impedir y no impidieron. «No os calléis, dice Alcuino, no sea que se os imputen los pecados del pueblo» (Ep. 28). Sacerdotes hay que des-

cuidan la corrección de los pecadores, alegando que no quieren molestar; pero éstos, dice San Gregorio, a cambio de la paz que desean conservar, perderán miserablemente la paz con Dios (*Past.*, p. 3.^a, adm. 23). ¡Cosa extraña!, exclama San Bernardo; «conque cae un asno, y se encuentran fácilmente no pocos que se presten a levantarlo; se pierde el hombre y no hay quien lo levante...» (*De cons.*, l. 4, c. 6). Sin embargo, dice San Gregorio, el sacerdote está especialmente establecido por Dios para enseñar el buen camino al que anda extraviado (*Ep.*, l. 7, ind. 2); y por eso añade San León que el sacerdote que no indica a los fieles sus extravíos, demuestra que él mismo anda extraviado (*Ep. ad Turrib.*, c. 15). Escribe San Gregorio que nosotros, «los sacerdotes del Señor, matamos a tantas almas cuantas vemos perecer, sin trabajar por ir en su auxilio» (*In Ez.*, hom. 2).

El sacerdote celoso ha de trabajar en el ministerio de la predicación. Por medio de la predicación se convirtió el mundo a la fe de Jesucristo, como dijo el Apóstol: *La fe viene de la audición, y la audición por la palabra de Cristo* (Rom. 10, 17). Por la predicación se conserva la fe y el temor de Dios en los fieles. Los sacerdotes que no se sienten capacitados para predicar, procuren al menos, siempre que les sea dable, en sus conversaciones con familiares o amigos, hablar algo que sea de edificación, contar algún ejemplo edificante practicado por los santos o insinuar alguna máxima de verdades eternas; por ejemplo, sobre la vanidad del mundo, la importancia de la salvación, certidumbre de la muerte, paz de que disfruta el que se halla en gracia de Dios y otras cosas por el estilo.

3. El sacerdote ha de asistir a los moribundos, puesto que ésta es la obra de caridad más agradable a Dios y la más útil para la salvación de las almas, ya que en el punto del morir los pobres enfermos se hallan, por una parte, más tentados de los demonios y, por otra, menos dispuestos a valerse por sí mismos. San Felipe Neri vió no pocas veces que los ángeles les sugerían a los sacerdotes las palabras que había de decir a los moribundos. Ciertamente que este deber es de justicia para los párrocos, pero obliga también por caridad a cualquier sacerdote, porque todos la pueden ejercer, aun quienes no están dotados de cualidades para el púlpito. Con tal ocasión hallarán excelente modo de hacer bien no sólo a los enfermos, sino también a sus familiares y amigos que les rodeen, por ser entonces el tiempo más apropiado para pláticas espirituales, y hasta no convendría que el sacerdote hablase a la sazón más que del alma y de Dios. Nótese, con todo, que hay que tener entonces mucho cuidado de proceder, en el desempeño de este deber, con no poca cautela y modestia, para no ser ocasión de ruina para sí y para los demás. Hay quienes, al ir a ayudar a los moribundos, encuentran la muerte de la propia alma. Además, quien no pueda predicar, al menos enseñe la doctrina a los niños y a los aldeanos, muchos de los cuales vivirán en los campos sin poder ir a las iglesias, y por ello vegetando en la ignorancia hasta de las verdades principales de la fe.

4. Finalmente, persuádanos de que el principal ejercicio en bien de las almas es el oírlas en confesión. Decía el Ven. P. Luis Fiorillo, dominico, que predicar es lanzar las redes, al paso que confesar es subir a bordo la captura de la pesca.

Quizás haya quien diga que es ministerio muy peligroso. Ciertamente, sacerdote mío, responde San Bernardo, es muy peligroso dedicarse al ejercicio de juez de las conciencias, pero más peligro correrá quien por pereza o por exceso de temor descuida el desempeño de este deber cuando el Señor lo llama a su ejercicio. Te compadezco, añade, por ir al frente de los demás; pero más te compadezco si por temor de ejercer tu autoridad sobre ellos rehusas hacerles bien (Ep. 86). Ya hemos hablado de la obligación que pesa sobre todo sacerdote de emplear los talentos recibidos de Dios para la salvación de las almas y de que el sacerdote está de modo especial encargado, por su ordenación sacerdotal, de administrar el sacramento de la penitencia. Pero yo, replicará tal vez alguien, no me siento capacitado para este oficio, por deficiencia de mis estudios. ¿Sí?, y ¿no sabes que el sacerdote está obligado a estudiar, *pues los labios del sacerdote deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar de su boca?* (Mal. 2, 7). Si no quieres estudiar para poder ayudar al prójimo, ¿de qué te vale el haberte hecho sacerdote? ¿Quién te obligó, dice el Señor, a hacerte sacerdote? *¿Quién ha reclamado de vosotros que holléis mis atrios?* (Is. 1, 12). «¿Quién te obligó, repite San Juan Crisóstomo, a hacerte sacerdote?» (*De sacerdot.*, l. 4). Antes de recibir el sacerdocio, añade el santo, debías haber examinado si te atreverías a desempeñar este ministerio; pero ahora que ya eres sacerdote, no hay opción al examen, sino al trabajo, y si no lo eres, hazte hábil (*De sacerdot.*, l. 4 c. 1). Aducir ahora como excusa la ignorancia, continúa el santo doctor, equivale a acusarte de una segunda falta para excusarte de la primera. Quien por oficio está obligado a instruir a los ignorantes, no

puede excusarse de ello por su ignorancia, pues con ello no evitaría el castigo que le está reservado aun cuando por negligencia no hubiera causado la pérdida más que de una sola alma (*De sacerdot.*, l. 6, c. 1). Sacerdotes hay que se dan al estudio de mil cosas inútiles y descuidan el estudio de las cosas necesarias para trabajar fructuosamente en la salvación de las almas. San Próspero dice que estos tales quebrantan las leyes de la justicia (*De vita cont.*, l. 3, c. 28).

En suma, que es fuerza que el sacerdote únicamente ha de procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. Por esto quiso San Silvestre que los días de la semana, con respecto a los sacerdotes, no se llamaran sino con el nombre de ferias, es decir, *vacaciones*. Con lo que han de aprender (son sus palabras) que han de prescindir de cualquier otra cosa, a trueque de *vacar* únicamente a las cosas de Dios (*Breviar.*, 31 decemb). Los mismos gentiles decían que los sacerdotes no deben ocuparse sino en las cosas divinas, y por eso les prohibían el ejercicio de cargos públicos para que se dedicaran completamente al culto de sus dioses. Moisés, a quien Dios había encargado del culto de su honor y de la ejecución de su ley, hallaba aún tiempo para ocuparse en componendas de litigios, y Jetro lo reprendió de ello, diciéndole: *Os agotaréis totalmente así tú como el pueblo que te acompaña... Sé tú ante Dios el representante del pueblo y lleva sus asuntos a El* (*Ex.*, 18, 18-19). Antes de que fueras sacerdote, dice San Atanasio, podías hacer lo que querías; mas ahora que lo eres, tienes que emplearte en desempeñar el oficio para que fuiste ordenado (*Ep. ad Dracont.*, n. 2). Y ¿cuál es este oficio? Uno de los principales es trabajar por la salvación de las almas, como ya hemos de-

mostrado y lo confirma San Próspero con estas palabras: «A los sacerdotes se ha confiado el cuidado de las almas como propia atribución suya» (*De vita cont.*, c. 2).

CAPITULO X

DE LA VOCACION AL SACERDOCIO

I. Necesidad de vocación divina para las sagradas órdenes

Para ingresar en cualquier estado de vida es necesaria vocación divina; si ésta faltare, será difícilísimo, si no imposible, cumplir con las obligaciones de aquel estado y salvarse. Y si en todos los estados es necesaria la vocación, mayormente lo es para abrazar el estado eclesiástico. *El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése, ladrón es y salteador* (Io. 10, 1-2). De modo que «quien recibe las órdenes sagradas sin ser llamado por Dios está convencido de hurto, por arrebatarse la gracia que Dios no le quiso dar», como decía San Cirilo de Alejandría (*In Io.*, 10, 10) y antes que él San Pablo en aquellas palabras: *Y nadie se apropia este honor sino cuando es llamado por Dios, como lo fué Aarón. Así también Cristo no se glorificó a sí mismo en hacerse Pontífice, sino el que le habló: Hijo mío eres tú* (Heb. 5, 4).

Nadie, por lo tanto, por sabio, prudente y santo que sea, puede por sí mismo ingresar en el santuario, sino que es preciso que sea llamado e introducido por Dios. El mismo Jesucristo, que fué verdadera-

mente entre todos los hombres el más sabio y el más santo, *en el cual se hallan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos* (Col. 2, 3), el mismo Jesucristo, digo, quiso el llamamiento de Dios para revestirse de la dignidad de sacerdote.

Los santos, aun después de ser llamados por Dios, temblaron antes de subir al sacerdocio. San Agustín, en su humildad, «miraba como castigo de sus pecados la violencia con que su obispo le forzó a ordenarse de sacerdote» (Ep. 21). San Efrén Siro, para que no lo obligaran al sacerdocio, fingió que era estólido, y San Ambrosio fingió ser cruel. El santo monje Ammonio se cortó las orejas para no ser sacerdote y amenazó con cortarse a dentelladas la lengua si persistían molestándole en este respecto. En suma, dice San Cirilo de Alejandría: «Encuentro que todos los santos temieron tan enorme carga» (*De fest. pasch* hom. 1). Temieron imponerse la dignidad sacerdotal como carga de inmenso peso. Después de esto, interviene San Cipriano, «podrá hallarse alguien tan audaz que quiera por sí mismo y sin vocación divina asumir el sacerdocio?» (*Ep. 55 ad Corn*).

Quien se introduce en el santuario sin vocación ofende la autoridad de Dios, como ofendería la autoridad del rey el súbdito que quisiera consituirse por sí mismo en ministro sin ser llamado. ¿Cuál no sería la temeridad del súbdito que, contra la voluntad del rey, se pusiese a administrar el real patrimonio, a juzgar las causas, a mandar al ejército y a ejercer, en una palabra, las funciones de virrey? «¿Se atrevería alguno de vosotros, pregunta San Bernardo, sin mandato y aun contra la prohibición real, a usurpar los ministerios y negocios de un rey cualquiera terreno?» (*De conv. ad cler.*, c. 19) Y «cuáles son las fun-

ciones sacerdotales más que ser dispensadores de la casa de Dios», como dice San Próspero (*De vita cont.*, l. 2, c. 2, 2); jefes de la grey de Cristo, como añade San Ambrosio (*De dignit. sac.*, l. 2, c. 2); intérpretes de la ley divina, en expresión de San Dionisio; vicarios de Jesucristo, como los llama el autor de la *Obra imperfecta?* (*Hom.* 17). Y sabiendo esto, ¿habrá quien todavía tenga la audacia de hacerse ministro de Dios sin ser llamado a ello?

«El solo pensamiento de querer dominar un reino es un crimen por parte del súbdito», dice San Pedro Crisólogo (*Serm.* 23). También es temeridad querer introducirse en la casa de un simple particular para disponer de sus bienes y de sus negocios, pues aun cuando se trate de particulares, el dueño es quien debe escoger y señalar los administradores de sus negocios. Y tú, pregunta San Bernardo, ¿quieres, sin ser llamado ni introducido por Dios, entrometerte en su casa para tratar sus intereses y disponer de sus bienes? (*De vita cler.*, c. 3).

He aquí por qué el concilio de Trento dice que «quien entra sin vocación en las funciones sacerdotales no es considerado por la Iglesia como ministro suyo, sino como ladrón» (sess. 23, c. 1). Trabaja tal sacerdote, pero sus trabajos de poco le valdrán ante Dios; más aún, aquellos trabajos que en otros servirán de mérito, en él se trocarán en demérito. Si el amo mandara al criado a guardar la casa y él quisiera caprichosamente ir a cultivar la viña, cierto que trabajaría y sudaría, pero en vez de recompensas merecería solamente el castigo de su amo. Tal es la suerte de quienes sin ser llamados se introducen en el santuario, pues el Señor no aceptará sus trabajos por ir contra su voluntad, como dice el Señor por

Malaquías: *No tengo en vosotros complacencia, dice Yahveh Sebaot, y la oblación no me agrada, venida de vuestras manos* (Mal. 1, 10). Y en vez de recomendar a estos tales, acabará por castigarlos: *El extraño que se acerque será muerto* (Num. 1, 51).

Por lo tanto, quien aspire a las órdenes sagradas ha de examinar en primer lugar si su vocación proviene de Dios, siguiendo el consejo de San Juan Crisóstomo (*In 1 Tim.*, hom. 5), y para ver si procede de Dios examine las señales. *¿Quién de vosotros, dice el Señor por San Lucas, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos y mira si tiene para acabarla?* (Lc. 14, 28).

II. Señales de vocación divina al sacerdocio

Veamos ahora cuáles son las señales divinas de vocación al estado sacerdotal.

No es, en primer lugar, señal divina la nobleza del nacimiento. Dice San Jerónimo que, «cuando se trata de elegir un jefe para conducir a los pueblos a la salvación eterna, no se ha de mirar la nobleza de la sangre, sino la bondad de la vida» (*In Tit.*, 1, 5); y de igual manera opina San Gregorio.

No es tampoco señal divina de vocación sacerdotal la voluntad de los padres que quisieran ver a sus hijos elevados al sacerdocio sin atender al provecho de sus almas, sino tan sólo a sus propios intereses y bienestar de la familia. «Las madres, dice el Crisóstomo, aman los cuerpos de sus hijos y descuidan sus almas; desean que figuren en este mundo y no se preocupan de lo que les haya de acontecer en el otro» (*Hom. 35, op. imp. in Mt.*). Persuadámonos de

que en cuanto a la elección de estado no tenemos peores enemigos que nuestros padres, como dijo Jesucristo: *Los enemigos del hombre serán los de su casa* (Mt. 10, 36); y añadió: *Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí* (Mt. 10, 36). ¡A cuántos sacerdotes veremos condenados miserablemente en el día del juicio por haber querido recibir las órdenes sagradas con la mira de complacer a sus padres!

¡Cosa inconcebible! Si un hijo por vocación divina quiere hacerse religioso, ¡qué no hacen sus padres por apartarlo de esa vocación, sea por pasión, sea por intereses domésticos! Tal modo de obrar, nótese bien, no se puede excusar de pecado mortal, como enseñan comúnmente los doctores; véase a este respecto lo que hemos escrito en nuestra obra de *Moral*. Más bien, en cuanto a los padres respecta, hay en esto doble pecado: uno contra la caridad, por razón del doble daño que se ocasiona al perjudicado, ya que cualquiera, aun cuando extraño a la familia, que aparte a alguien de la vocación religiosa, peca mortalmente; y pecan, además, los padres contra la piedad, ya que están obligados a educar a sus hijos, procurándoles el mayor provecho espiritual. No faltan confesores harto ignorantes que dicen a los penitentes que se quieren hacer religiosos que en esto han de obedecer a sus padres y dejar la vocación si se oponen a ella. Esto es acostarse a la opinión de Lutero, que defendía que pecan los hijos ingresando en religión sin consentimiento de sus padres. Sin embargo, en contra de la opinión de Lutero están todos los Santos Padres y el concilio décimo de Toledo, que enseña ser lícito a los hijos, con tal de que tengan catorce años por lo menos, hacerse religiosos

aun contra la voluntad de los padres. Ciertamente que los hijos están obligados a obedecer a sus padres en cuanto respecta a su educación y al gobierno de la casa, pero no en cuanto respecta a la elección de estado, en que hay que obedecer únicamente a Dios, abrazando el estado de vida a que les llame. Cuando los padres pretenden que se les obedezca en este punto, hay que responderles lo que respondieron los apóstoles a los judíos: *Si es razón delante de Dios escucharos a vosotros antes que a Dios, juzgado vosotros mismos* (Act. 4, 19).

Enseña expresamente Santo Tomás que en la elección de estado los hijos no están obligados a obedecer a sus padres; y si se trata de la vocación religiosa, añade, ni siquiera están obligados a aconsejarse con ellos, pues que en esta materia, por razón de sus intereses, de padres se truecan en enemigos (*Contra retr. a rel.*, c. 9), prefiriendo más bien, dice San Bernardo, que sus hijos se condenen con ellos a que se salven saliendo de casa (Ep. 140). Y por el contrario, si un joven, haciéndose sacerdote, puede ser de alguna utilidad a la familia, ¡qué esfuerzos no hacen sus padres para inclinarlos a la ordenación, *por fas o por nefas*, esté o no esté llamado por Dios, y qué de alborotos y qué de amenazas caen sobre los hijos si por remordimientos de conciencia rehusan la ordenación! ¡Padres bárbaros!; «más que padres, merecen les llamemos, con San Bernardo, homicidas». ¡Desgraciados padres, repetiré, y desgraciados hijos! ¡A cuántos veremos en el valle de Josafat condenados por este motivo de la vocación, ya que, como luego demostraremos, la salvación eterna de cada cual depende de la fidelidad en seguir la vocación divina!

Volvamos a la materia de que veníamos tratando.

No son señales de vocación al sacerdocio ni la nobleza del nacimiento, ni la voluntad de los padres, ni tampoco los talentos o aptitudes que se pudieran tener para las funciones sacerdotales, porque, además de los talentos requeridos, se requiere la bondad de vida, junto con el divino llamamiento.

¿Cuáles son, por lo tanto, las verdaderas señales para conocer la vocación divina al estado eclesiástico? He aquí las tres principales.

1. Rectitud de intención

La primera señal es una intención recta. Hay que entrar en el santuario por la puerta, que no es otra que Cristo: *Yo soy la puerta de las ovejas... Quien entrare por mí será salvo* (Io. 10, 7. 9). La entrada no es, por tanto, el deseo de complacer a los padres, ni el engrandecer a la familia, ni los intereses o la estima propia, sino tan sólo la intención recta de servir a Dios, para trabajar por su gloria y por la salvación de las almas. Si alguno, libre de todo afecto vicioso, aspira al sacerdocio sólo para servir a Dios y consagrarse a la salvación de las almas, este tal, dice un sabio autor (*De ord.*, q. 4, a. 4), se ha de juzgar que está llamado por Dios. Por el contrario, añade otro autor (*Hallerius*, ap. 1, sect. 3, c. 2, § 4), si se pretende llegar al sacerdocio a impulsos de la ambición, del interés o de la honra propia, es indicio de no haber sido llamado por Dios, sino por el demonio. «Si alguien se ordenare con tan bastardas miras, añade San Anselmo, no recibirá la bendición, sino la maldición de Dios» (*In Heb.*, 5).

2. Ciencia y cualidades

La segunda señal es tener el talento y la ciencia convenientes al cargo sacerdotal. Los sacerdotes tienen que ser maestros que enseñen a los pueblos la ley de Dios: *Los labios del sacerdote* (son palabras de Malaquías) *deben guardar la ciencia, y la doctrina han de buscar de su boca* (Mal. 2, 7). Decía Sidonio Apolinar que los médicos poco instruídos matan, en vez de curar (l. 2, ep. 12). El sacerdote ignorante, máxime si es confesor que enseña doctrinas falsas y aconseja mal, será la ruina de muchas almas, ya que precisamente por ser sacerdote se le cree fácilmente lo que dice. Por eso decía Yvo de Chartres que la admisión a las órdenes sagradas exigen, además de la buena conducta, la suficiente instrucción (Ep. 213).

El sacerdote, además del conocimiento de todas las rúbricas del misal, para celebrar bien la misa, está también obligado a saber las cosas principales relacionadas con el sacramento de la penitencia. Ciertamente que no todos los sacerdotes están obligados a ser confesores, a menos que las urgentes necesidades de la región que habitan no reclamen su ministerio, como apuntamos en el capítulo precedente. Esto no obstante, todo simple sacerdote está, al menos, obligado a saber algo de lo que comúnmente se debe saber para oír en confesión a los moribundos, es decir: cuándo les puede absolver, cuándo y cómo debe absolver al enfermo, con condición o sin ella; la obligación que ha de imponerle si se hallare ligado por cualquier censura. También tiene que conocer, por lo menos, los principios generales de la moral.

3. *Bondad positiva de vida*

La tercera señal de vocación eclesiástica es la señal positiva de bondad de vida.

Por eso, en primer lugar, el ordenando ha de vivir vida inocente y no manchada de pecados. El Apóstol exige que quien aspire al sacerdocio sea irreprochable, como escribió a su discípulo Tito (Tit. 1, 5). Antiguamente, quien hubiera cometido un solo pecado mortal no podía ser ordenado, como lo prueba una decisión del concilio primero de Nicea (can. 9). Según San Jerónimo, «no basta verse libre de pecado al tiempo de ordenarse, sino que aun necesita más, es decir, no haber cometido pecado después del bautismo» (*In Tit.*, 1). Ciertamente que después cesó en la Iglesia tan rigurosa disciplina, pero no menos cierto que al menos se exige de quien quiera recibir las órdenes sagradas que haya vivido por bastante tiempo con conciencia bien purificada. Lo acabado de decir se lee en una carta de Alejandro III al arzobispo de Reims, hablando de cierto diácono que había pegado a otro diácono; el Papa decidió que si el culpable está verdaderamente arrepentido de su crimen, podrá, después de la absolución y cumplida la penitencia que se le hubiera impuesto, ser reintegrado a las funciones de su Orden, y hasta, si en lo futuro diere señales de vida religiosa perfecta, podrá ascender al sacerdocio (c. 1, De diac. qui cler.). Por lo tanto, si habéis contraído el hábito de cualquier vicio y no os habéis librado de él, guardaos de pretender ningún orden sagrado, pues sería una de las faltas graves que causaban horror a San Bernardo (*Ep. 8 ad Brunon.*). Un autor antiguo, hablando de los temerarios que,